

## IX

### Presentimientos

Al día siguiente acababan de dar las doce en el reloj de Trianón, cuando Nicole fué á gritar á Andrea que aun no había salido de su cuarto :

— ¡ Señorita, señorita, aquí está el señorito Felipe ! Estos gritos los daba desde el pie de la escalera.

Andrea, sorprendida al par que gozosa, cerró su peñador de muselina y corrió al encuentro de su hermano, que acababa de apearse del caballo en el patio de Trianón, y que estaba preguntando á algunos de la servidumbre la hora en que podría ver á su hermana.

Por consiguiente, Andrea abrió ella misma la puerta y se halló al punto con Felipe, á quien la oficiosa Nicole había ido á buscar al patio y acompañaba por la escalera.

La joven se arrojó al cuello de su hermano, y entraron ambos en el cuarto de Andrea, seguidos de Nicole.

Sólo entonces notó Andrea que Felipe estaba más serio de lo ordinario, y que hasta su sonrisa no estaba exenta de tristeza, que estaba de elegante uniforme y que llevaba bajo el brazo izquierdo una capa de viaje.

— ¿ Qué es lo que ocurre, Felipe ? preguntó al punto con ese instinto de las almas tiernas para quienes una mirada es una revelación.

— Hermana mía, respondió Felipe, esta mañana he recibido la orden de incorporarme á mi regimiento.

— ¿ Y te marchas ?

— Sí.

— ¡ Oh ! exclamó Andrea exhalando en este grito doloroso todo su valor y una parte de sus fuerzas.

Y aunque aquella marcha era una cosa muy natural á la que debía estar preparada, se sintió tan desfallecida al saberla, que tuvo que apoyarse en el brazo de su hermano para no caer.

— ¡ Dios mío ! dijo Felipe : ¿ conque tanto te aflige mi partida, Andrea ? Debes saber que en la vida de un soldado es un acontecimiento de los más comunes.

— Sí, sí, sin duda que lo es, murmuró la joven. ¿ Y adónde vas, hermano mío ?

— Mi guarnición está en Reims ; ya ves que no es un viaje muy largo, aunque es verdad que, según todas las probabilidades, de allí debe pasar el regimiento á Estrasburgo.

— ¡ Ah ! exclamó Andrea. ¿ Y cuándo marchas ?

— En la orden se me manda ponerme en camino inmediatamente.

— ¿ Según eso vienes á despedirme de mí ?

— Sí, hermana mía.

— ¡ Á despedirme !

— ¿ Tienes algo de particular que decirme, Andrea ? preguntó Felipe inquieto por aquella tristeza harto exagerada para que no naciese de alguna otra causa más que de su marcha.

Andrea comprendió que aquellas palabras se dirigían á Nicole, la cual miraba esta escena con una gran sorpresa motivada por el extremado dolor de Andrea.

Efectivamente, la marcha de Felipe, es decir, de un oficial para su regimiento, no era una catástrofe tan grande que debiera causar tantas lágrimas.

Andrea comprendió pues al mismo tiempo que el



sentimiento de Felipe, la sorpresa de Nicole; cogió una manteleta, se la echó en los hombros, y dirigiendo á su hermano hacia la escalera, le dijo:

— Ven hasta la verja del parque, Felipe, y te llevaré á la alameda cubierta, porque tengo muchas cosas que decirte.

Conociendo Nicole que esto era mandarla que se fuese, se escabulló á lo largo de la pared y entró en el cuarto de su ama, mientras ésta bajaba la escalera con Felipe.

— Andrea bajó la gradería que se extiende á lo largo de la capilla y salió por el pasillo, que aun en el día va á parar al jardín; pero aunque Felipe la interrogaba á cada momento con su inquieta mirada, ella se mantuvo largo tiempo colgada de su brazo, apoyando la cabeza en el hombro sin pronunciar una palabra.

Luego su corazón se talló de pronto, sus facciones se cubrieron de una palidez mortal, un prolongado sollozo subió hasta los labios, y un torrente de lágrimas inundó sus ojos.

— ¡Querida hermana, mi buena Andrea! exclamó Felipe, ¿dime por Dios qué es lo que tienes?

— Amigo mío, mi único amigo, dijo Andrea, te marchas, me dejas sola en un mundo en que he entrado ayer, ¿y me preguntas por qué lloro? ¡Ah! piensa, Felipe, que perdí á mi madre al nacer, y que, por muy espantoso que sea el decirlo, nunca he tenido padre. Todos los pesares de poca monta que ha sufrido mi corazón; todos los secretos que contenía mi pecho te los he confiado á tí y á nadie más; ¿y quién es el que me ha sonreído? ¿Quién me ha acariciado? ¿Quién me mecía cuando era niña? Tú. Y después que he ido creciendo, ¿quién me ha protegido sino tú? ¿Quién me ha hecho creer que Dios no ha enviado á las criaturas á este mundo solo para que

sufran? Tú, Felipe, y nadie más que tú, porque al fin desde que vine al mundo á nadie sino á tí he querido, y nadie sino tú me ha querido á mí. ¡Oh! ¡Felipe, Felipe! continuó Andrea en tono melancólico, veo que apartas la cabeza, y sé lo que estás pensando. Sin duda te dices á tí mismo que soy joven, que soy bonita, y que hago mal en no contar con el porvenir y el amor; pero ¡ay! bien sabes tú, Felipe, que no basta ser joven y bonita, puesto que nadie se cuida de mí.

Me dirás que la señora Delfina es buena. Sin duda lo es; yo la tengo por perfecta y la miro como á una divinidad: pero precisamente porque la coloco en esa esfera sobrehumana, le profeso respeto y no cariño. ¡Y el cariño, Felipe, es un sentimiento tan necesario á mi corazón, que, ahogado siempre dentro de él, lo despedaza! Mi padre... ¡Dios mío! nada nuevo tengo que decirte de mi padre, Felipe; mi padre no sólo no es para mí un protector, un amigo, sino que jamás me mira más que para causarme miedo... Sí, sí, me inspira miedo, Felipe; especialmente desde que te veo marchar. Porqué me inspira miedo, no lo sé... ¡Dios mío! los pájaros que huyen, los rebaños que mugen; no tienen también miedo á la tempestad cuando ésta se acerca?

Me dirás que lo hacen por instinto, pero ¿por qué has de negar á nuestra alma inmortal el instinto de la desgracia? De algún tiempo á esta parte todo sale bien á nuestra familia; bien lo sé. Tú eres ya capitán, yo estoy colocada en la casa, y casi en la intimidad de la Delfina, y dicen que mi padre ha cenado ayer mano á mano con el rey. Pues bien, Felipe, te repito que, aunque te parezca una insensata, todo eso me amedrenta más que nuestra dulce miseria y nuestra oscuridad de Taverney.



— Y sin embargo allí, querida hermana, estabas también sola, dijo Felipe tristemente; allí no estaba yo tampoco contigo para consolarte.

— Sí, pero al menos estaba sola, sola con mis recuerdos de infancia, y me parecía que aquella casa en donde había vivido, en donde había respirado, en donde había muerto mi madre, me debía la protección natal, si así puedo expresarme; allí todo me era dulce, cariñoso, amigo; te veía marchar con calma y volver con alegría; pero ya marchases ó ya volvieres, mi corazón no era exclusivamente tuyo, pertenecía también á aquella amada casa, á mis jardines, á mis flores, á aquel conjunto de que tú no formabas entonces más que una parte, mientras hoy, Felipe, formas el todo, y por consiguiente, cuando tú me dejas todo me deja.

— Sin embargo, Andrea, hoy tienes una protección mucho más poderosa que la mía, repuso Felipe.

— Verdad es.

— Un hermoso porvenir.

— ¿Quién sabe?

— ¿Por qué lo dudas?

— Lo ignoro.

— Eso, hermana mía, es ser ingrata hacia Dios.

— ¡Oh! no; gracias al cielo, yo no soy ingrata hacia el Señor; mañana y noche le dirijo mis humildes gracias; pero me parece que en lugar de recibir mi acción de gracias, cada vez que me hincó de rodillas, una voz de lo alto me dice: « ¡Ten cuidado, joven, ten cuidado! »

— ¿Y de qué has de tener cuidado? dime. Admitiré contigo que te amenaza una desgracia. ¿Tienes algún presentimiento de esa desgracia? ¿Sabes qué hacer para contrarrestarla ó evitarla?

— Nada sé, Felipe, sino que, ya lo ves, me parece

que mi vida depende de un hilo, y que para mí no va á lucir un momento de descanso desde que te marches. Se me figura, en una palabra, que estando durmiendo me han empujado hacia la pendiente de un precipicio demasiado rápido para que me detenga en él al despertar; que despierto; que veo el abismo; que me arrastran á él; y que estando tú ausente, no hallándote aquí para determe, voy á desaparecer en él y á estrellarme.

— Querida hermana, mi buena Andrea, dijo Felipe conmovido á pesar suyo con aquel acento lleno de un terror tan verdadero, exageras una ternura que te agradezco con todo mi corazón. Sí, pierdes á un amigo, pero momentáneamente; no estaré tan lejos que no puedas llamarme en caso necesario: además, piensa que, á excepción de tus quimeras, ninguna cosa te amenaza.

Andrea se paró delante de su hermano y dijo:

— Pues entonces, Felipe, tú que eres hombre, tú que tienes más fuerzas que yo, ¿por qué estás tan triste como yo en este mismo momento? Vamos, hermano, ¿cómo explicas esto?

— Muy fácilmente, querida hermana, dijo Felipe deteniendo á Andrea que había vuelto á andar de nuevo. Nosotros no somos únicamente hermanos de alma y de sangre, sino también en los sentimientos; de suerte que entre nosotros reinaba una inteligencia que, para mí sobre todo, se ha convertido desde nuestra llegada á París en un hábito muy dulce. Ahora rompo estos lazos, querida amiga, ó más bien los rompen, y el golpe se hace sentir hasta en mi corazón. Estoy, pues, triste, pero momentáneamente, y yo, Andrea, yo me anticipo á nuestra separación, y no creo en una desgracia, sino en que no nos veremos durante algunos meses, durante un año quizá; pero



me resigno, y no te digo adiós, sino hasta la vista.

Á pesar de estas consoladoras palabras, Andrea no respondió sino con sollozos y lágrimas.

— ¡Querida hermana! exclamó Felipe al ver la expresión de aquella tristeza que le parecía incomprendible, tú no me lo has dicho todo, y me ocultas algo! ¡Habla, en nombre del cielo, habla!

Y la cogió en sus brazos, acercándola á sí y estrechándola contra su corazón para leer en sus ojos.

— ¡Yo? dijo Andrea: no, no, Felipe, te lo juro; todo lo sabes, porque te he abierto de par en par mi corazón.

— Pues entonces te pido por favor que tengas ánimo y que no me aflijas de ese modo.

— Tienes razón, y veo que soy una loca. Escucha: nunca he tenido mucha fortaleza de ánimo: mejor lo sabes tú que nadie, Felipe; siempre he temido, siempre he soñado, siempre he estado suspirando; pero no tengo derecho para asociar á mis dolorosas quimeras á un hermano á quien profeso tanta ternura, sobre todo cuando me tranquiliza y me prueba que hago mal en alarmarme. Tienes razón, Felipe; es cierto, muy cierto, aquí nada me falta. Perdóname, pues, Felipe; ya ves que me enjugo las lágrimas, y que en vez de llorar me sonrío. Hasta la vista, pues, Felipe; y no adiós.

Y la joven abrazó tiernamente á su hermano ocultándole una última lágrima que velaba aun su párpado, y que rodó como una perla sobre la charretera de oro del joven oficial.

Felipe la miró con esa ternura infinita propia de un padre y de un hermano á la vez.

— Andre, le dijo, así es como me gustas: ten ánimo. Me marchó, pero todas las semanas recibirás por el

correo una carta mía; te ruego que hagas porque llegue del mismo modo una tuya á mis manos.

— Sí, Felipe, sí; y esa será mi única dicha. Pero supongo que ya se lo has dicho á tu padre.

— ¿El qué?

— Que te vas.

— Querida hermana, al contrario, el barón es quien me ha traído esta mañana la orden del ministerio. El señor de Taverney no es como tú, Andrea, y al parecer se pasará fácilmente sin mí. Parecía que estaba muy contento con mi marcha, y en realidad tenía razón, pues aquí no ascenderé, mientras que allá se pueden presentar ocasiones favorables.

— ¡Mi padre está contento de verte marchar! murmuró Andrea. ¿No te has equivocado, Felipe?

— Te tiene á tí, respondió Felipe eludiendo la pregunta, y eso es un consuelo, hermana mía!

— ¿Lo crees así, Felipe? ¡pues si no me ve nunca!

— Hermana mía, me ha encargado te dijese que hoy mismo, después de mi marcha, vendría á Triunión. Estáte segura de que te ama, sólo que te ama á su modo.

— ¿Qué otra cosa tienes, Felipe? porque me pareces embarazado.

— Querida Andrea, es que acaba de dar el reloj. ¿Qué hora es?

— La una menos cuarto.

— Y bien, querida hermana, lo que causa mi embarazo es que debía estar en camino hace una hora, y veo mi caballo junto á la verja. Conque así...

Andrea se revistió de calma, y cogiendo la mano de su hermano le dijo con una voz demasiado firme para que no fuese afectada:

— Conque así, adiós, hermano mío....

Felipe la abrazó por última vez, y le dijo:



- ¡ Hasta la vista ! Acuérdate de tu promesa.  
 — ¿ De cuál ?  
 — De escribirme cuando menos una vez por semana.  
 — ¡ Oh ! ¡ y me lo pides !

Y pronunció estas palabras haciendo un esfuerzo supremo, pues la pobre criatura ya no tenía voz.

Felipe la volvió á saludar con la mano y se alejó.

Andrea le siguió con la vista reprimiendo la respiración para retener sus suspiros.

Felipe montó á caballo, le dijo otra vez adiós del otro lado de la verja y partió.

Andrea permaneció en pie é inmóvil mientras que pudo alcanzarle con la vista ; luego desapareció, y corrió como una cervatilla herida hasta la arboleda, percibió un banco y no tuvo fuerzas más que para llegar á él, y se dejó caer encima sin pulso, sin fuerzas ni vista.

Después, lanzando de lo más hondo de su pecho un prolongado y desgarrador suspiro, exclamó :

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío, Dios mío ! ¿ porqué me dejáis así sola sobre la tierra ?

Y cubrió su rostro con las manos dejando escapar por entre los blancos dedos las gruesas lágrimas que ya no trataba de reprimir.

En aquel momento oyóse un ligero ruido detrás de los hojaranzos, y Andrea, creyendo haber oído un suspiro, se volvió asustada, y vió levantarse ante ella una figura triste.

Era Gilberto.

## X

## La novela de Gilberto

Hemos dicho que era Gilberto, tan pálido como Andrea, tan desolado, tan abatido como ella.

Andrea á la vista de un hombre, á la vista de un extraño, porque tal le pareció al principio á través del velo de lágrimas que oscurecían su mirada, se apresuró á enjugar sus ojos, como si á la orgullosa joven causase vergüenza el que la vieran llorar. Al contrario, se revistió de cierto continente, y restituyó la inmovilidad á sus marmóreas mejillas agitadas hacia un instante por la desesperación.

Gilberto tardó mucho más que ella en recobrar su calma, y sus facciones conservaron la expresión dolorosa que la señorita de Taverney, al levantar los ojos y reconocerle, pudo notar en su actitud y en su mirada.

— ¡ Ah ! todavía el señor Gilberto, dijo Andrea con aquel tono ligero que afectaba tomar siempre que lo que ella creía la casualidad la acercaba á él.

Gilberto no respondió, porque estaba aun demasiado conmovido para poder hablar.

El dolor que había estremecido tanto el cuerpo de Andrea, había sacudido violentamente el de Gilberto ; por consiguiente fué Andrea la que continuó queriendo saber á qué se debía aquella aparición.

— Pero ¿ qué es lo que tenéis, señor Gilberto ? preguntó, ¿ por qué me miráis con ese aire compungido ?



Preciso es que algo os entristezca, y deseo me lo digáis si lo tenéis á bien.

— ¿ Lo deseáis saber ? preguntó Gilberto melancólicamente conociendo la ironía que se ocultaba bajo aquella apariencia de interés.

— Sí.

— Pues bien ; me entristece el veros sufrir, señorita.

— ¿ Quién os ha dicho que yo sufría ?

— Yo que lo veo.

— Os equivocáis, señor Gilberto, pues yo no sufro, dijo Andrea pasando otra vez su pañuelo por la cara.

Gilberto sentía amagar la tormenta, y trató de conjurarla con la humildad.

— Perdonadme, señorita, dijo, pero os he oído quejaros.

— ¡ Hola ! ¿ conque escuchabais ? Eso es mejor, entonces...

— Señorita, ha sido efecto de la casualidad, dijo Gilberto tartamudeando, porque conocía que mentía.

— ¡ De la casualidad ! Siento en el alma, señor Gilberto, que la casualidad os haya traído cerca de mí ; pero os ruego me digáis porqué os han podido entristecer las quejas que habéis oído.

— No puedo ver con indiferencia á una mujer llorar, dijo Gilberto con un tono que desagradó en extremo á Andrea.

— ¿ Soy yo por casualidad una mujer para el señor Gilberto ? replicó la altiva joven. Yo no mendigo el interés de nadie, y el del señor Gilberto menos aun que el de ningún otro.

— Señorita, dijo Gilberto moviendo la cabeza, hacéis mal en tratarme con tanta rudeza ; os he visto triste y me he afligido ; os he oído decir que marchándose el señorito Felipe quedabais sola en el mundo, y yo os digo que no, señorita, porque aquí estoy yo, y nunca

encontraréis un cariño como el mío. Lo repito, la señorita de Taverney jamás estará sola en el mundo mientras mi cabeza pueda pensar, mientras lata mi corazón y pueda extenderse mi brazo.

Aunque al pronunciar estas palabras lo hizo Gilberto con toda la sencillez que exigía un respeto verdadero, el vigor, la nobleza y el cariño embellecieron su rostro.

Empero estaba escrito que todo cuanto hiciese y dijera el pobre mozo había de disgustar á Andrea, ofenderla y enfadarla hasta el extremo de responder agriamente, como si cada una de sus respetuosas expresiones fuera un insulto, y cada una de sus súplicas una provocación. Al principio quiso levantarse para ver de hallar un gesto más duro ó una palabra más fuerte ; pero un estremecimiento nervioso la detuvo en su banco. Además, pensó que si se ponía en pie la verían de más lejos y hablando con Gilberto ; de suerte que permaneció en su banco, resuelta á aplastar de una vez el insecto que ya iba importunándola.

Respondió pues :

— Creo que os he dicho, señor Gilberto, que me desagradáis soberanamente, que vuestra voz me irrita, y vuestros modales filosóficos me repugnan. ¿ Por qué, pues, os obstináis en hablarme ?

— Señorita, dijo Gilberto pálido, pero conteniéndose ; no se irrita á una mujer honrada con manifestarle simpatía. Un hombre honrado es lo mismo que cualquiera otra criatura humana, y yo, á quien maltratáis con tanto encarnizamiento, merezco tal vez más que otro alguno la simpatía que siento no tengáis por mí.

Al oír Andrea por dos veces la palabra simpatía, abrió tanto ojo, y fijó la vista en Gilberto de un modo impertinente.

— ¡ Simpatía ! dijo, ¡ yo simpatía al señor Gilberto ! En verdad que me equivocaba, pues os tenía por un



insolente, y ahora veo que sois menos que eso; pues no sois sino un loco.

— No soy un insolente ni un loco, dijo Gilberto con una calma aparente que debía costar no poco á un hombre, cuyo orgullo ya conocemos. No, señorita, porque la naturaleza me ha hecho igual á vos, y la casualidad ha querido que debáis estarme obligada.

— ¡Dále con la casualidad! dijo Andrea irónicamente.

— Quizá he debido decir la Providencia. Por lo demás, nunca os hubiera hablado de esto si vuestras injurias no me hiciesen recordarlo.

— ¡Yo estaros obligada! ¡obligada yo! ¡Cómo habéis dicho eso, señor Gilberto?

— Yo mismo me abochornaría si os creyese ingrata, señorita; y Dios que os ha hecho tan bella, os ha dado para compensar vuestra belleza bastantes otros defectos para que tengáis también ese.

Andrea se levantó al oír esto.

— ¡Perdonadme! exclamó Gilberto. Algunas veces vos me irritáis también demasiado, y entonces me olvido del interés que os profeso.

Andrea se echó á reír á carcajadas para arrastrar á su colmo la cólera de Gilberto; pero con grande asombro suyo, Gilberto no se enfureció; se cruzó los brazos sobre el pecho, conservó la expresión hostil y obstinada de su mirada de fuego, y aguardó con calma el fin de aquella risa ultrajante.

— Señorita, dijo con frialdad Gilberto, dignaos responderme á esta sola pregunta: ¿Respetáis á vuestro padre?

— ¡Y os atrevéis á interrogarme, señor Gilberto? exclamó la joven con soberana altanería.

— Sí, vos respetáis á vuestro padre, continuó Gilberto, y no á causa de sus prendas ni por sus virtudes,

sino por la sencilla razón de que os ha dado la vida. Un padre, y esto desgraciadamente debéis saberlo vos, señorita, no es respetable sino por ese solo título, pero al fin es un título. Hay más; por ese solo beneficio de la vida (y al decir esto Gilberto se animó de una desdenosa compasión), estáis obligada á amar á vuestro bienhechor. Pues bien, señorita, sentado este principio, ¿por qué me ultrajáis? ¿por qué me rechazáis? ¿por qué me aborrecéis, á mí que, si bien es verdad que no os he dado la vida, os la he salvado?

— ¡Vos? exclamó Andrea, ¿vos salvarme la vida?

— ¡Ah! siquiera no habéis pensado en ello, dijo Gilberto, ó más bien, lo habéis olvidado; es muy natural, pues hará pronto un año que sucedió. Pues bien, señorita, entonces preciso es decíroslo, ó recordároslo. Sí, yo os he salvado la vida sacrificando la mía.

— Á lo menos, señor Gilberto, dijo Andrea muy pálida, me haréis el favor de decirme dónde y cuándo.

— El día, señorita, en que estrellándose cien mil personas unas contra otras al huir de los caballos fogosos y de los sables que acuchillaban la multitud, dejaron la plaza de Luis XV atestada de cadáveres y heridos.

— ¡Ah! el 31 de mayo.

— Efectivamente, señorita.

Andrea se repuso y volvió á su sonrisa irónica.

— ¡Y decís que ese día habéis sacrificado vuestra vida por salvar la mía, señor Gilberto?

— Ya he tenido el honor de decíroslo.

— ¿Según eso sois el barón de Bálamo? Os pido perdón, porque lo ignoraba.

— No, no soy el barón de Bálamo, dijo Gilberto con los ojos inflamados y temblándole los labios, soy un pobre hijo del pueblo; Gilberto, que tiene la locura, la necedad y la desgracia de amaros; que porque os



ama como un insensato, como un loco, como un rematado, os siguió en medio de la multitud; soy Gilberto que, separado de vos un instante, os conoció por el grito terrible que lanzasteis cuando perdisteis pie; Gilberto, que cayó á vuestro lado y os rodeó con sus brazos, hasta que otros veinte mil, gravitando sobre él, aniquilaron sus fuerzas; Gilberto, que se arrojó contra el pilar de piedras en que ibais á hacer os pedazos, para ofrecer os el apoyo más blando de su cuerpo; Gilberto, que al ver entre la multitud á ese hombre extraño, que al parecer mandaba á los demás, y cuyo nombre acabáis de pronunciar, reunió todas sus fuerzas, toda su sangre, toda su alma, y os levantó en sus moribundos brazos á fin de que aquel hombre os divisase, os cogiese y os salvara; Gilberto, en fin, que al ceder os á un libertador más afortunado que él, sólo conservó un pedazo de vuestro vestido que llevó á sus labios. Y ya era tiempo, porque la sangre se le agolpó al corazón, á las sienes y al cerebro; la masa de verdugos y víctimas lo cubrió como una ola y lo sepultó, mientras que á manera del ángel de la resurrección vos subíais desde mi abismo hacia vuestro cielo.

Gilberto acababa de mostrarse tal como era, es decir, salvaje, sencillo y sublime, así en su resolución como en su amor; de manera que Andrea, á pesar de su desprecio, no pudo mirarle sin asombro, y él creyó por un instante que su relato era tan irresistible como la verdad y el amor; pero el pobre Gilberto no contaba con la incredulidad, con esta mala fe del que odia. Efectivamente, Andrea, que aborrecía á Gilberto, no se dejó llevar de ninguno de los convincentes argumentos de aquel amante desdeñado.

Al principio nada contestó; lo que hizo fué mirar á Gilberto, y allá en su ánimo pasaba algo parecido á un combate.

Así, no contento con aquel silencio tan frío, el joven se vió obligado á añadir á modo de peroración:

— Ahora, señorita, no me aborrecáis tanto como hasta aquí, pues eso sería no solamente injusto, sino ingrato, como os lo decía hace poco y os lo repito.

Pero Andrea levantó su altanera cabeza al oír esto, y con el tono más cruel é indiferente, dijo:

— Señor Gilberto, ¿cuánto tiempo habéis estado de aprendiz en casa de Rousseau?

— Señorita, contestó Gilberto sencillamente, creo que tres meses, sin contar los días que estuve enfermo de resultas de la sofocación del 31 de mayo.

— Os engañáis, replicó Andrea, pues no os pregunto si habéis estado ó no enfermo... de sofocación... eso quizá corona artísticamente vuestro relato; pero poco me importa. Lo único que quería deciros, es que no habiendo permanecido más que tres meses en casa del ilustre escritor, habéis aprovechado muy bien el tiempo, y que el discípulo hace del primer golpe novelas casi dignas de las que publica su maestro.

Gilberto, que había escuchado con calma creyendo que Andrea iba á responder seriamente á las cosas apasionadas que él acababa de decir, cayó de todo lo alto de su candidez bajo el golpe de esta cruel ironía.

— ¡Una novela! murmuró indignado. ¿Vos tratáis de novela lo que acabo de referiros?

— Sí, señor, de novela; lo repito, solo que no me habéis forzado á leerla, y os lo agradezco; pero, desgraciadamente, tengo el gran sentimiento de no poder pagarla en su justo valor, pues aunque lo intentase sería en vano, porque no tiene precio.

— ¿Es eso lo que me contestáis? balbuceó Gilberto con el corazón oprimido y los ojos apagados.

— Yo no os contesto siquiera, repuso Andrea empujándolo para pasar por delante de él.



En efecto, Nicole llegaba llamando á su ama desde el extremo de la calle de árboles, para no interrumpir demasiado bruscamente la conversación que tenía no sabía con quién, porque no había reconocido á Gilberto á causa de la espesura del ramaje.

Pero, al acercarse, vió al joven, lo reconoció y se quedó atónita, arrepintiéndose entonces de no haber dado un rodeo á fin de oír lo que Gilberto había podido decir á la señorita de Taverney.

Ésta, dirigiéndose entonces á Nicole con dulce voz, para que Gilberto comprendiera mejor la altanería con que le había hablado, preguntó :

— ¿ Qué hay, hija mía ?

— El señor barón de Taverney y el señor duque de Richelieu preguntan por la señorita, respondió Nicole.

— ¿ Y dónde están ?

— En vuestro aposento.

— Vamos, pues.

Andrea se alejó, seguida de Nicole, pero no sin que ésta lanzase al irse una mirada irónica á Gilberto, quien menos pálido que lívido, menos agitado que loco, no colérico sino furioso, alargó el puño en la dirección que llevaba su enemiga, y murmuró rechinando los dientes :

— ¡ Criatura sin corazón, cuerpo sin alma ! Te he salvado la vida, he concentrado mi amor, he acallado todo sentimiento que pudiera ofender lo que yo llamaré tu candor, porque en mi delirio eras para mí una virgen santa, como la que está en los cielos... Ahora que te he visto de cerca, no eres más que una mujer, y yo soy un hombre... ¡ Oh ! día llegará en que me vengue, Andrea de Taverney ! Dos veces te he tenido entre mis brazos, y dos veces te he respetado... ¡ Cuidado con

la tercera, Andrea de Taverney !... ¡ Hasta la vista, Andrea !

Y se alejó saltando por entre los grupos de árboles, como un lobezno herido que se vuelve enseñando sus agudos dientes y sus sangrientos ojos.